

Ramón de Sanchís de los Santos

LOS GOLPES DE ESTADO EN ESPAÑA



de Espoz y Mina
a Milans del Bosch
pasando por

Prólogo de
Ramón SERRANO SUÑER

En una masía de la tierra catalana, próxima a la frontera de Francia y en la atmósfera de una familia burguesa catalana, ancestral y renovadora, en trayectoria ascendente y de mejora en la fortuna –que se manifiesta en la manera de usar el patronímico de sus dueños, el bisabuelo era “el señor José”, el abuelo “don José” y el padre “don Pepe”- sitúa el autor de ese libro unas crónicas que reflejan sus vivencias, junto a relatos escuchados de labios de protagonistas y con el complemento obligado de testimonios de hemerotecas y archivos. Como él dice, no se trata de historia sino de crónicas en las que quiere, sobre todo, decir la verdad. Crónicas veraces e imparciales y, a la vez, apasionadas. El autor piensa que se puede compaginar la verdad y el apasionamiento, porque si bien la verdad ha de ser expuesta en forma limpia y objetiva, ha de buscarse con pasión. Decir la verdad es la fundamental virtud que ha de tener el cronista quien, como el periodista correcto, es historiador de su tiempo por lo que su primer postulado debe ser la verdad exponerla en su plenitud y aficionar a las gentes a amarla, ya que se trata de un valor social de primer orden; y sentando, también, como norma vital, su lógica consecuencia que es la repulsa a la mentira.

Hay cosas sobre las que no se tiene conciencia en plenitud de la verdad, y entonces el historiador, o el cronista, no pueden afirmar rotundamente, pero sí puede tener interés recoger frases, hechos, no comprobados, dudosos –pues, como historiador, tal vez, tampoco podría escamotear una especie de gran circulación- al escritor serio, honrado, tomará la cautela de escribir: “Se dijo...”. Así hay que hacer la historia o la crónica veraz, que tantas veces se falsifica, se tergiversa por mala fe, por resentimiento, por malignidad o por ligereza. El autor del libro pretende hacer crónica verdadera y desde su comienzo se coloca en limpia actitud de querer decirla.

* * *

Abarcan las crónicas de este libro una larga época, polémica y conflictiva, que empieza desde tiempos fernandinos –cuando en 1814, todavía “humeante la guerra de la Independencia”, se levanta en armas con Espoz y Mina- y llega hasta el golpe del 23 de febrero de 1981. Época turbulenta, con pronunciamientos militares, caída de instituciones, restauraciones, intentos de apertura a nuevos caminos y reacciones violentas contra los mismos, victorias y sangrientas derrotas, violencias y ansias de paz.

En lo que pudiéramos llamar técnica literaria del libro, emplea el autor una forma atrayente en la que, si es mero espectador –como narrador- en parte, se transforma luego en narrador-actor, al ser en alguna medida protagonista de los acontecimientos, cuando tuvo una intervención activa al hacer la guerra como legionario, en la primera línea. Son estos sus años de juventud-madurez.

Una extensa parte de los monumentos y acontecimientos del relato, el autor, por razón de su edad no ha podido vivirla. El libro (concebido como coloquio, más bien queda en

soliloquio del narrador) se escalona en varias etapas: una lejana, tomada de la historia, otra, infancia, adolescencia y primera juventud compuesta con vivencias de lo oído, y en relación con lo leído o entresentido. Y una tercera vivida personalmente y en plenitud. En la primera etapa -1814 hasta comienzos del siglo XX- la objetividad fluye con toda espontaneidad. Narra los hechos no los califica. Parece que el tiempo y la lejanía le han dado una perspectiva de acercamiento, de clara visión, desprovista de toda la ganga de apasionamiento que, sin embargo, pesaron un día sobre aquéllos.

Pueden servir como ejemplo de sobriedad informativa las páginas referentes a Prim en busca de un rey; a la primera República, con Figueras que dura cuatro meses, abandona de "motu proprio" el cargo y se exilia en Francia; Pi y Margall, que permanece en el puesto quince días; Salmerón, que se mantiene en el poder menos de tres meses; Castelar, derrotado en una votación, lo que da lugar a la disolución de las Cortes por el general Pavía, para dar paso en un nuevo período al Gobierno provisional, que termina con el pronunciamiento del General Martínez Campos en 1876. La visita en 1905 de Alfonso XIII a París, el atentado que sufre junto al Presidente Loubet, ante lo que el joven rey reacciona deportivamente y se comporta con bravura; actitud que le vale muchas alabanzas. El asesinato del gran Canalejas el 12 de noviembre de 1912 en la Puerta del Sol, frente al escaparate de la librería San Martín, donde se había detenido...

En la segunda etapa, que concluye con el desastre de Annual, parece mantenerse esa objetividad de lejanía, pero, en cambio, cuando se inicia la tercera etapa, en que el autor comienza a tener conciencia de sus propias vivencias juveniles, esa visión objetiva, sin perderse, es diferente. La guerra de África, la dictadura de Primo de Rivera, los gobiernos Berenguer y Aznar, la caída de la Monarquía y la República, son vistos ya de manera en la que entran en juego los calificativos del autor; su visión ya no es como antes: se ha perdido la perspectiva que da el tiempo, y los hechos aparecen ahora envueltos en vivencias. Son cosas vistas a medias, o sentidas. Así, cuando Primo de Rivera se pronuncia, "lo hace para regenerar el país", y dice que sin maniqueísmos, ha de afirmar cuánto el país estaba muy necesitado de ello; en cambio, cuando el rey le entregó el poder, afirma que cometió perjurio, haciéndole también objeto de otras muchas severas censuras.

En la caída de la Monarquía, el conocimiento de personas y situaciones, las calificaciones de los hechos se multiplican, como cosas, figuras o actitudes que, aunque no vividas personalmente por el autor, las sintió en el mismo momento en que, aunque no vividas personalmente por el autor, las sintió en el mismo momento en que se producían, las percibió, las oyó contar y comentar entonces.

El narrador, que figura ser hombre de sesenta años, aborda casi enteramente las distintas etapas de la narración y solo algunas pocas veces es interrumpido por las otras personas que le escuchan; tal es el caso de quien lo hace para valorar la guerra de España. Creo que los relatos podrían estar intercalados con más frecuencia, porque tienen belleza y son humanamente ambientadores.

Al empezar la lectura, con curiosidad nos preguntamos si va a reaccionar cada una de las tres generaciones que en la masía se reúnen, ante unos mismos hechos; cómo van a interpretarlos, a entenderlos, y qué pueden significar para cada uno. Gran tema para unas

Memorias, donde el juego psicológico y sociológico generacional podría entrar en acción para que, desde la verdad de unos hechos, pudiera llegarse a las consecuencias que esa verdad tuviera sobre cada una de las generaciones de la España de hoy.

Es una técnica literaria antigua ésta de situar a unos personajes en ambiente recogido, propicio al coloquio, para que alguno o algunos de ellos vayan refiriendo sucesos, acontecimientos, consideraciones, y en ciertos casos narraciones imaginativas que dan lugar a diálogos entre los reunidos. Así desde el “Decameron” hasta “La velada de Benicarló”. Con temas muy distintos, ya se tratara de huir de la peste de Florencia en el siglo XIV, ya de dialogar sobre los temas en la España desgarrada, en los que el personaje central, el autor de este último libro citado, dice: “Más valor tiene el que algunos hayan mantenido en las jornadas frenéticas su independencia de espíritu. Desde el punto de vista humano es un consuelo, y desde el punto de vista español una esperanza.”

En la masía se trata de preocupaciones movidas sobre el incierto y oscuro porvenir de España que les duele profundamente y sobre lo que ellos quisieran hacer luz. La presencia de personas de distintas generaciones en las que se adivina, aunque no se desarrolle plenamente un diálogo sobre el inmediato pasado y el presente de España, y la interpretación generacional de cada uno, puesto que algunos de los hechos históricos que se narran no han sido vividos por ninguno de los presentes, ya que se refieren al siglo XIX y a principios del XX, otros han sido entrevistas, o semivividos por el narrador, y otros, en fin, como la guerra civil, en plenitud, sólo por él, no por los demás, pero todos viven el presente de España y añoran lo vivido. Entiendo –repito- que podía haberse traído el modo de pensar de las generaciones últimas y penúltimas sobre los acontecimientos que se estaban relatando.

En todos estos acontecimientos la visión ya no es escueta; los hechos aparecen envueltos en vivencias de los visto o lo entrevistado y de lo vagamente sentido. Ya hay aquí enjuiciamientos de personas y situaciones y calificaciones de los hechos. Así sus juicios sobre la gestión del General Mola, con su integridad en su cargo en la Monarquía; sobre Melquiades Álvarez, hombre de honor y de palabra, y también Cambó; la “pluma excelsa” de Ortega y Gasset, con su famoso artículo “Delenda est Monarchia”, y otras muchas alusiones a la vida artística y deportiva.

Sobre el Alzamiento nacional en el que fue actor, ya con la cercanía y el propio vivir, teme no ser objetivo y empieza una lucha consigo mismo por serlo, esforzándose para dar limpiamente la versión de las cosas sin apasionamientos. Como ejemplo más significativo se puede hacer referencia a las páginas que dedica a los alféreces provisionales; él lo fue en la Academia de Granada, y al recordarlo con emoción teme perder la serenidad y se esfuerza, y logra, conseguirlo, al explicar el gran sitio que, con la generosidad de su conducta, tuvieron en la guerra. “La única preocupación del que estrenaba su estrella era ser destinado a lugares de primera línea”. La numerosa relación de laureadas y medallas militares que el autor individualiza en una serie de retratos de alféreces, muertos gloriosamente en su mayoría; y esas semblanzas, que son modelo de una sobriedad de expresión que se mantiene al tratar un tema como el del Alcázar de Toledo, tan propicio a la exaltación.

Está, en el libro, especialmente bien tratado, con rigor y competencia, todo lo referente a temas militares, organización, preparación y acciones de guerra, exaltando las

gestas que lo merecen –en su filas- en servicio de la verdad; y con gran respeto a cuanto de respetable encuentra en el adversario, porque nadie respeta tanto a un combatiente como otro combatiente. –“No diremos nada que pueda herir o molestar a los que pelearon en la ajena trinchera y cabe decir –de entrada-, que lo que hicieron, casi siempre, fue con valor y coraje”-. Como personal, singular, referencia en el bando republicano habla del General don Vicente Rojo, “militar de cuerpo entero y español sin tacha”.

Muéstrase muy interesado en sostener que la desviación del Ejército hacía el Alcázar para su liberación no fue sólo un gesto de carácter sentimental y para prestigio de las tropas, sino, a su juicio, una necesidad táctica, ya que sostiene que el intento de tomar Madrid en lugar de ir a Toledo era buscar la derrota. El autor conoce la discrepancia de mi pensamiento en este punto, pues aun siendo yo profano en el arte de la guerra, pienso que el cambio de ruta fue consecuencia de muy mala información sobre el estado psicológico de Madrid que estaba en aquel momento con la moral hundida.

Seguir en el análisis minucioso de la parte final del libro daría a este prólogo una extensión desmesurada e impropia, porque exigiría, por mi parte, matizaciones y también desacuerdos, ya que la edad, la experiencia y la reflexión me han permitido volver sobre algunos pasos de ayer y someterlos, con decoro, lejos de todo indigno oportunismo, a examen crítico. Creo que la evolución política sincera, honesta, y personalmente desinteresada, es tan digna de respeto como son despreciables en su impudor desvergonzado, tantas evoluciones que buscan sólo el provecho personal y el tráfico político, como se ven y padecen en nuestro pueblo. Ramón de Sanchís de los Santos, además de antiguo y buen amigo mío, fue periodista, redactor del diario “Solidaridad Nacional” y colaborador de “Arriba”. Es hombre de lealtades y convicciones firmes –sin empecinamientos- que merece la debida consideración en sus emociones y fidelidades a sus ideas y sentimientos. Y al decir ahora adiós, como lo hace el narrador del libro cuando abandona la Masía para sumergirse de nuevo en el torbellino del vivir cotidiano, tengamos, como él, la esperanza de días venturosos de concordia y de paz para todos los pueblos históricos que se integraron en nuestra España...

Ramón SERRANO SUÑER